

Parece una constante histórica que todas las épocas hayan experimentado que el tiempo que les ha tocado en suerte vivir atraviesa una profunda crisis sin semejanza alguna con las padecidas en el pasado.

cantidades o intensidades sea un entretenimiento de despacho, pero sí sabemos que esta crisis es la nuestra y que es nuestra responsabilidad el afrontarla.

En este número de ACONTECIMIENTO no hemos buscado tanto la críti-

duo. Pero descubrir la absoluta dignidad de la persona humana también supone alcanzar un inequívoco metro para nuestra idea de *justicia*, a fin de poder denunciar todas aquellas situaciones que son injustas por imposibilitar o truncar el

Filosofía para un tiempo de crisis

Quizá en el Norte rico haya quien no entienda por qué hay que calificar como de *crisis* la condición de la época que vivimos y, por tanto, del hombre que la construye. Desde luego habrá quien afirme que nuestro tiempo goza de una espléndida salud, que incluso estamos alcanzando cotas de plenitud racional nunca antes acariciadas, tal sería la postura, por ejemplo, del tan citado Fukuyama y su fin (plenitud) de la historia encarnado en las democracias capitalistas actuales. Sin embargo, realidades como el hambre al que se somete a tres cuartas partes de la humanidad, como las guerras que se siembran por doquier en todo el planeta y que ocultan intereses y luchas de poder, como la migración a la que se ven forzados muchos habitantes del sur en busca de «El Dorado» que les chupará la sangre hasta de la misma médula de la que nace, como el paro al que se desecha a todo aquel que ya no tiene nada que ofrecer, como los brotes de fascismo que afectan a diversas capas de las sociedades democráticas, como el desastre ecológico y la voracidad insaciable de recursos del tercio privilegiado de la humanidad, etc., convierten a una visión tan miope de nuestro tiempo en errada.

No sabemos si esta crisis es la más grave que haya atravesado la humanidad, más bien creemos que ante el mal padecido el hablar de

ca de la crisis, como aportar algunos elementos que nos faciliten salir de la misma, pues, por otra parte, conocemos la raíz del problema: con Mounier hemos afirmado muchas veces que nuestra tarea es «rehacer el Renacimiento», por tanto, que nuestra situación actual de crisis no es un estado coyuntural, sino que nuestra época está afectada en sus cimientos mismos por *La barbarie* —así se titula la obra de Michel Henry comentada como libro del trimestre—.

Nuestro propósito en esta ocasión es pensar algunos de los elementos fundamentales que una civilización que quiera llamarse personalista y comunitaria ha de tomar en consideración. Dar cuenta de su carácter fundante y, por tanto, del suicidio en que consiste construir una «civilización» que prescindiera de alguno de ellos. Éstos serán el asiento sobre el que levantar después una economía, una política, una educación, una ciencia, etcétera, al servicio de la persona humana.

Sin lugar a dudas la *persona* y la *comunidad* son el germen inicial de esta sociedad, tanto que para poder hablar de la una sin la otra se ha de recurrir a la abstracción, relevando de esta forma la falsedad y perversidad del dogma fundamental de nuestra sociedad de consumo capitalista, a saber, el culto de sí mismo, el endiosamiento del indivi-

crecimiento de la persona. Además, la persona sabe que es tarea suya transformar la *historia* que vive, sabe que gracias a su libertad no está acabada, que de ella depende en gran medida lo que, junto con los demás, llegue a ser. Eso sí, sin caer en angelismos o en prometeísmo, ya que la realidad del *mal* nos golpea y nos cuestiona. Éste es uno de los horizontes desde los que plantear la apertura hacia el Misterio, aunque también tal pregunta por *Dios* quepa formularla en la misma vida personal y comunitaria.

Ahora bien, la sola crítica, la sola filosofía, aunque propositiva y concreta, no basta. Bien lo supo *Mounier* cuyo recuerdo, a modo de testimonio, hemos traído a colación. No deseamos una beatería ñoña en torno a su figura, sino dejar que su vida, ejemplar en la síntesis entre acción y pensamiento, nos interpele, nos dé el coraje para comenzar ya mismo a construir la sociedad personalista y comunitaria.

Por ese motivo ofrecemos al final las tesis que perfilan la identidad del Instituto Emmanuel Mounier, donde se plantean los pasos que desde hace doce años, con mayor o menor fortuna, con más o menos coherencia, venimos trabajando para dar una respuesta viva, encarnada, al desorden establecido que padecemos, es decir, a la crisis.